

Los museos en tiempo inmediato

Salvador Rueda Smithers*

Para María Teresa Franco

Resumen: El presente artículo es una reflexión crítica de los museos en México, especialmente del Museo Nacional de Historia. Para dar cuerpo a esta preocupación, se contextualiza el devenir histórico de este repositorio, reestructurado durante el gobierno de Venustiano Carranza, con la finalidad de identificar tanto su importancia como parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia, como de su significación en la historia de México.

Palabras clave: Museos, Museo Nacional de Historia, discurso museográfico.

Abstract: This article is a critical reflection on Mexican museums, especially the National Museum of History. To illustrate this concern, the author contextualizes the historical development of this collection, restructured during the administration of Venustiano Carranza, in order to identify its importance as part of the National Institute of Anthropology and History (INAH), as well as its significance in Mexican history.

Keywords: Museums, National Museum of History, museographic discourse.

Fecha de recepción: 17 de diciembre de 2018.

Fecha de aprobación: 20 de enero de 2019.

Prólogo

Hace poco más de un siglo, el 21 de mayo de 1917, el presidente Venustiano Carranza aprobó el proyecto de reestructuración de varias oficinas del gobierno federal, entre las que incluyó la creación del Museo Nacional de Historia y Artes Menores, en sustitución del Museo de Arqueología, Historia y Etnología. Por falta de recursos no se creó la nueva entidad, pero sí comenzó la reorganización del que había abierto Porfirio Díaz en 1910. Y esta larga planeación terminaría 21 años después.

Luis Castillo Ledón fue el responsable de encabezar el proyecto carrancista. De acuerdo

con las ideas del antropólogo y arqueólogo Manuel Gamio, el museo debía dar una renovada orientación a los propósitos de la institución y procurar su funcionamiento como herramienta de cuidado de los objetos heredados y de su divulgación. La intención era acercar el tiempo de la historia, desde los orígenes remotos hasta la revolución maderista de 1911. Ya para 1917, Gamio pensaba que la Revolución Mexicana era una segunda Independencia nacional, y que su impacto en la historia debía quedar marcado entre los contemporáneos como hito de la memoria colectiva. El museo no sería depósito de antigüedades ni exhibidor inerte, sino instrumento de reconstrucción del país a partir de la educación elemental y la enseñanza de los sucesos pasados.

* Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, INAH.

Castillo Ledón organizó varios departamentos: Antropología, Etnología, Arqueología, Historia y Artes Menores, Auxiliares, Folklore Nacional, Inspección de Edificios Históricos, Traducción de Lenguas Indígenas Antiguas y Modernas, Publicaciones, Biblioteca, Salón de Conferencias, Expendio de Publicaciones, Fotografía, Fotograbado, Moldeado, Vaciado en Yeso, Talleres, Imprenta, Encuadernación, Dibujo y Reparación de Objetos Exhibidos.

Unos años más tarde, en 1925, el equipo de Castillo Ledón redactó el reglamento para la sección de historia, en el que se especificaba el tipo de objetos artísticos que serían susceptibles de constituir la colección histórica. Sin embargo, las limitaciones de espacio eran frontera a la actividad del Museo en los estrechos muros del edificio de Moneda, tanto como los proyectos puntuales y acotados. Con todo, la reorganización que hace un siglo pensaron Gamio, Castillo Ledón y los intelectuales del Museo de Arqueología (pues conservó el nombre), llegaría a desdoblarse con esa misma generación, durante el llamado *Terminador de la Revolución*, cuando el gobierno de Lázaro Cárdenas institucionalizó las tareas marcadas por la Ley y por el espíritu de la Ley. Los mismos nombres del Museo estuvieron detrás tanto de la fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) como de la reorientación de sus museos y tareas. El 22 de diciembre de 1938, el presidente Cárdenas mandó al Congreso la iniciativa de creación del Instituto. El 3 de febrero de 1939 nacería formalmente y comenzaría a ramificarse intelectual, política y geográficamente. Permítaseme hacer algunas reflexiones con este punto de partida.

1) *En 1939, el año que vio nacer al INAH como instrumento del gobierno federal.* Para el conocimiento y protección de los tesoros culturales colectivos, el polígrafo Alfonso Reyes elaboró un balance de la vida intelectual mexicana desde los últimos años del porfiriato —se acababa de acuñar la palabra “porfiriato”, que el regiomontano calificó de “pintoresca”— para tratar de explicarse el estallido revolucionario y su

fuerza en los ambientes literarios. Planteó un estado de la cuestión. También marcó una distancia: escribió que nada hay más impopular que el pasado inmediato, al que se suele culpar de todos los males. Es “el enemigo”. Pero resulta también el tiempo más modesto del verbo. Esta breve reflexión de Reyes siempre me aparece cuando hay que hacer recuentos del pasado inmediato. Y como él, hacerlo permite saber que los balances son indispensables para entender lo que se tiene exactamente enfrente, el futuro inmediato.

2) *El INAH cobijó, desde su origen, al Museo Nacional de Historia.* Se le pensó y ha sido una enorme y noble institución. Lo es en los sentidos literales de ambas palabras: extensa, inmensa, con geografías superpuestas por la historia remota y por la ronda de las generaciones, y con la generosidad a que le urge el cuidado de los tesoros colectivos. Instrumento de política pública pensado para conocer los caminos a seguir en la modernización, cuando se fundó pudo imaginarse su función social pero no se le diseñó como cuerpo integrado. Grandes pensadores frente a los retos de una historia todavía constituida por la suma de narraciones heroicas y una arqueología que no sospechaba siquiera el enorme abanico civilizatorio que habría de descubrir y explicar con cronologías que dejaran de ser fantásticas para ingresar a los tiempos de los hombres. El INAH y su brote paralelo, el Museo de Historia, según lo veo a casi 80 años de distancia, se fueron definiendo sobre la marcha; fueron entendiendo sus límites reales, sus fronteras y sus alcances al mismo ritmo de ir delineando especialidades, reglas, intereses y vida interna propia. No son vidas paralelas: el brote en el Castillo de Chapultepec fue la joya mayor durante un par de décadas, hasta su ramificación en 1964, cuando las colecciones del Museo de Historia dieron origen a un museo nacional diferente y la institución se mostró frondosa con la siembra del contundente Museo Nacional de Antropología.

Creció mucho a la mitad de su vida —como la de Dante en la *Comedia*: a los 35 años—. No de-

masiado pero sí con irregularidades y desequilibrios. Algunos se volvieron extensiones sanas de sus atribuciones; otros, quistes y llagas, muestra de que, como cualquier organismo vivo, se es propenso a las enfermedades y parasitismos. Pero no es un cuerpo insano. Nada de eso. Muestra es que su herencia más clara ha sido la de haber conformado nuestra idea y nuestras imágenes de la historia. Sí, la memoria mexicana formada de las imágenes que se exponen en los museos: los rasgos de sus personajes son los que aceptamos sin mucho reparo. Es decir, la manera como pensamos gráficamente a los mayas o el final del imperio de Moctezuma y de su portentosa ciudad, a los dioses muertos de la antigüedad remota o a los santos ya sin devociones del virreinato, es porque los hemos visto guardados en los museos o dormidos en vitrinas y ya no en los nichos de las iglesias virreinales; imaginamos a los mexicanos de antes y sus hazañas, a las figuras de los fundadores de la República, a los libertadores, pero también a sus oponentes —a quienes mucho ha costado quitarles villanías y regresarles su proporción humana—, lo que implica destituir a los museos de su papel de sala de juicio y espacio de descalificación de culpables. Viajamos a nostálgicas edades mejores, a los tiempos del mito, o con mayor simpleza, a las de nuestros ancestros, y las espantamos del olvido por pensarlas poco menos que doradas; con un parpadeo y un gesto despachamos a otras, a las que no queremos regresar... En los museos está todo nuestro universo, ajustado a un ángulo del edificio y a pocas vitrinas. Ahí están los rostros, modos y formas, las voces antiguas y las palabras de hombres y mujeres de las épocas y las etnias que han vivido, las que viven y las que han desaparecido en esta geografía que llamamos México y entre cuyos espíritus vivimos todos.

A través de los museos de historia, etnología y arqueología —y los de arte— hemos dado forma al tiempo, a ese concepto que rodea al presente y da sentido a las cosas y a las mentalidades, a los gustos y a las tradiciones, a lo nuevo y a lo que ansiamos conservar. Hemos, lo digo en primera persona del plural, los que

trabajamos en el INAH desde hace años, a veces sin darnos cuenta cabal de esa titánica responsabilidad. Los rostros y los corazones de los que consideramos héroes, sus leyendas y sus objetos personales —en general apenas unas cuantas cosas—, lo mismo que de los hombres y mujeres comunes, sus costumbres y rutinas... Tan sólo resisten la incuria y el uso de objetos atesorados por su belleza o por su fuerza espiritual en los densos cosmos repletos de santos, dioses y energías; en sus gustos plásticos, musicales y culinarios... En fin, todo aquello que demuestra que los hombres hemos sido y somos seres incalculables, pero que en conjunto moldearon las identidades de generaciones de mexicanos de todas las latitudes, ha pasado por el tamiz del INAH, por óleos, accesorios, herramientas y trajes que se muestran en sus salas de exposiciones o que se guardan en sus depósitos de colecciones. Los museos, como las zonas arqueológicas y los edificios patrimoniales, son vehículo de ideas, pero también lenguajes, con sus vocabularios. Escribió Italo Calvino al visitar Palenque que el “lenguaje (todo lenguaje) construye una mitología, y este modo de ser mitológico compromete también lo que se creía existente con independencia del lenguaje. En cuanto el lenguaje hace su aparición en el universo, el universo asume el modo de ser del lenguaje y no puede manifestarse sino según sus reglas”. De ahí, por ejemplo, la eficacia de la imaginada frontera mesoamericana, inventada como concepto en el seno de la Escuela Nacional de Antropología y delineada en el proyecto del Museo Nacional de Antropología y los museos regionales; o las fronteras abiertas y cerradas violentamente del paso de la Nueva España a México, que dan tonos al Museo Nacional del Virreinato y son emblema de los de Historia y de las Intervenciones, o nuestra más entrañable leyenda patria: el sacrificio del cadete envuelto en la bandera en septiembre de 1847.

Sin embargo, hemos dado forma al tiempo también con ligereza: el INAH se mueve, a veces, como un sonámbulo, que aparenta seguridad en sus movimientos, aunque es en realidad

errático. Por eso a veces le han crecido apéndices inútiles; pero como contraparte, también ha dejado legados externos —como los restauradores, bibliotecarios, museógrafos, arquitectos, historiadores y antropólogos que se formaron en sus escuelas y campos pero que ya no son partes de su cuerpo—. Y aprendimos, con la cabeza dura que enfrenta a la realidad, que no somos monopolio: ni la arqueología ni la antropología ni la historia ni la restauración son patrimonio exclusivo de nuestra competencia; aunque todavía quedan algunos principistas entre nosotros, la tendencia a compartir tareas y dialogar con gobiernos y sociedad es ya irreversible. Seguimos aprendiendo, ciertamente, pero ahora con la seriedad y la medida de quien tiene razones y leyes a la mano para no decidir contingentemente, discrecionalmente. Y defendemos puntos de vista y acotamos intereses con la letra de la Ley en la mano y en la boca. Ya tampoco nos toca en los museos la tarea de llenar los huecos de la ignorancia con historias épicas y leyendas cívicas. Este aprendizaje no es aceptable ni en las publicaciones ni en las exposiciones de los museos. Ahora damos su lugar al peso simbólico de la historia: a lo que sabemos que sucedió, lo que hemos creído que sucedió, lo que quisiéramos que hubiese sucedido, lo que imaginamos, lo que hemos decidido aceptar como pasado...

3) *Como sonámbulos*. A veces da la impresión de que nos movemos apenas. Como un gran animal al que se le ha descuidado y menospreciado. Tanto, que sus movimientos lentos denotan falta de nutrición. Ha sido así, por épocas, sin duda. Pero también ha habido florecimientos. Y nos ha tocado heredarlos y disfrutarlos tanto como construirlos o padecerlos. Pero la realidad, siempre terca, nos confronta: en los museos, por ejemplo, tenemos tareas definidas que cumplir, dirigidas básicamente al universo del patrimonio histórico y artístico propio, siguiendo las inercias iniciadas en los museos de otras partes, recintos que admiramos y a veces de soslayo emulamos, pero cuyo efecto es universal. Los conceptos de arte e historia —lo mis-

mo que de resguardo, embalaje, conservación y restauración o los de iluminación y montaje museográfico— fluyen como torrentes apenas posibles de seguir entre nosotros, pero que obligan a estar al día.

En cuanto a la divulgación, creo que es la loca de la casa. Se mueve con las horas del día con entusiasmo; y cambia, inventa, ajusta, debate y ensaya entre el amanecer y el anochecer. Tenemos que ajustar cuentas y respirar con lo mínimo, tenemos que mirar para atrás, para los lados y para adelante antes de dar un paso seguro: tal es ya el enorme peso político de nuestras tareas. Y también cuidar y cuidarnos: no todos los ojos que miran al patrimonio lo hacen para conservarlo; Joseph Campbell ya advirtió que la depredación es el motor oscuro del universo.

4) *Los problemas y fortalezas de hoy no son recientes*. Tal vez ninguno en general ni tampoco en sus partes. Desde la atalaya del Museo somos testigos de que el INAH tiene una disfunción mecánica que hace de algunos de sus segmentos muy dinámicos y revolucionados, mientras otros son lentos y conservadores. Las áreas de asuntos jurídicos y de recursos financieros tienen, pese a todas las críticas, la sangre en alta presión, tan al día como la de rescate arqueológico y de medios de comunicación. Otros, como los mismos museos, permiten todavía la audacia y aun la excentricidad, posibles cuando hay tiempo para la reflexión y entre las horas muertas; y arrinconadas, la audacia y la medida persisten en las áreas seguras de la comodidad, casi siempre adormecidas. Como a todos los del orbe, a nuestros museos les son necesarios numerosos ojos para estar al frente de sus contrapartes de otros países, no pocos de ellos con enormes ventajas económicas y legales. Ello es asumido de manera natural en sociedades en las que la custodia de las herencias pretéritas da pábulo a manejos precisos pero atendidos de los recursos financieros.

5) *Girar en torno al patrimonio*. El rostro de los museos mexicanos como instrumentos de la me-

moria general se ha ido definiendo en la última generación, al asumirse socios de una familia internacional. Esta definición se ha hecho sin apelación, con firmeza. El cuidado del patrimonio construido, conseguido, revalorado con el rescate en tierra y mar, la restauración cuidadosa de cada cosa, dinámicamente, atendiendo lo mismo objetos diminutos o enormes. Sus labores que van del minimalismo al macrocosmos—desde una pequeña pieza, una pluma, un papel o una reproducción, hasta toda una ciudad antigua, un conjunto conventual del virreinato o un centro histórico vivo—. Esta labor, no siempre ruidosa, ha dado presencia al INAH y a las vitrinas de sus museos

Pero no respondemos así con todo ni en todas partes. Por ejemplo, la historia que se estudia en la escuela adolece de especificidad patrimonial, esto es, de que como especie se dibuje en torno al patrimonio material e inmaterial. Se requerirán, en los próximos años, eruditos en historia de las cosas, de su catalogación, de sus materiales, de sus tecnologías, de sus funciones en otras épocas y en relación a los usos del cuerpo humano. Serían la diferencia con otras corrientes historiográficas, pero sobre todo, anudarían la relación de la antropología, la arqueología de las ideas y saberes, las medidas, las ingenierías y las imagerías. La aproximación sería, finalmente, entre el hombre y la geometría.

Hay que construir la especificidad y vivir la singularidad. Los museos serán sus espacios laborales naturales. Los museos son los referentes de la prosa del mundo—esa heterotopía de la que habló confusamente Foucault hace tres décadas—, y su primera obligación se resume en la palabra “actualidad”; y en el caso de los de historia, en la palabra “verosimilitud”—no sólo en la narración historiográfica sino también en terrenos como el de la restauración—. En este horizonte, por ejemplo, habrá que tocar las mecánicas e ingenierías de las piezas deterioradas en las colecciones de los museos. Tal hay que hacer contrapeso a ciertos ideales esteticistas que predominan en las decisiones sobre los museos y sus colecciones con aquella

dura frase de Edgar Allan Poe de que el arte es una operación de la inteligencia y no un don del espíritu. Los museos son, como los libros, “máquinas de pensar”: se disfrutan cabalmente si se despliega el esfuerzo intelectual entre sus visitantes.

6) *Los museos son la síntesis de la realidad.* Son abreviatura, no tautología. Se mueven para seleccionar lo que quedará en la memoria. Y se hace con criterios universales—básicamente los de la valoración como reliquia, religiosa o patriótica, personal o colectiva— y como obra de arte. Los años y la rueda de investigadores y curadores han acopiado para nuestros museos (y bibliotecas, fonotecas y fototecas) tesoros que recorren milenios de huellas de la presencia creativa del habitante de la geografía que hoy es México. Sin embargo, el horizonte patrimonial no es fácil de conocer en sus detalles.

En cuanto a los museos, por ejemplo. Uno de sus obstáculos es su propia dinámica, su movimiento disforme. Y sus muchas facetas se inscriben entre interrogaciones: ¿cómo conjuntar un catálogo serio y firme de sus colecciones cuando se echa mano de ellas para hacer nacer y ver languidecer museos que nacen por prescripción política? Nada nuevo, en efecto, enfrentamos; pero habrá que echar mano de la imaginación para reformular esa tarea de acopio, custodia y exhibición con colecciones históricas (las arqueológicas son parte de la naturaleza institucional), que crezcan y se conserven como partes de un concepto intelectual, para que sean “una” abreviatura del mundo, de las muchas posibles. Hasta hoy, se vive del legado de un coleccionismo histórico antañón en su concepción y, ya sin fortuna, en su exposición. Coleccionismo firme, pero sin crecimiento en sus áreas de historia vistas con conceptos menos inclinados a la explicación del heroísmo militar decimonónico y más de la riquísima vida civil, siempre tomando en cuenta la convención que separa al pasado de los conflictos de conjugar en presente. Y el respeto a las direcciones y líneas particulares de los museos debe fomentarse—hasta hace muy poco se fue perdiendo—, de manera que no haya decisiones

desde fuera de los museos sobre actividades y destinos de sus espacios.

Esta empresa, no tan ensayada en nuestros museos, implica un cambio en la mirada en todas las áreas, desde nutrir los acervos hasta el ejercicio de narrativas museográficas mucho más cercanas a las profundidades del alma humana, o más atentas a las rutinas que a los gestos arrojados y las decisiones políticas y decisiones en los campos de batalla. Vida civil, que es la mayor parte del tiempo humano. No es casual: Leonardo Sciascia habría escrito razonablemente que los “tiempos felices de la humanidad son las páginas vacías de la historia”.

7) *Sería inútil, para este balance, hablar de los flujos presupuestales.* Siempre han sido contingentes. Desde 1939. Pero habrá que buscar maneras de allegarse fondos para la adquisición de equipos, para laboratorios, para acrecentar colecciones. No sustituir la función del gobierno federal, sino apoyarse con mecenazgos. La experiencia reciente, aunque eficaz, muestra aristas y dificultades; la primera, la de los principios de administración que deberán ser rediscutidos

En este terreno, la sospecha —para no hablar de las aún peores conductas de la condición humana—, la falta de transparencia y la animadversión personal existen y no pocas veces influyen en las decisiones a tomar. El antídoto, lo aprendimos otras veces, está en la discusión abierta y el diálogo —ese acontecimiento capital de nuestra historia, según dijo Borges— de los criterios de conservación para establecer protocolos que eviten las decisiones discrecionales y las bocas amargas. No se trata de extravagancias armadas de declaraciones de principios sin más autoridad que la que le otorga la jerarquía burocrática. En pocas palabras, hay que plantear con serenidad las reglas del mecenazgo tanto como las de los criterios sobre la custodia de los objetos de los museos.

8) *El área de investigación gozó, durante décadas, de un prestigio bien ganado.* Hoy, sin haber renovado cuadros académicos y con el peso

muerto de los discursos cerrados, parece difícil prever la existencia de una siguiente generación. El prestigio se gastó. Hay que ajustarse a los tiempos: las reglas del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y la competencia abierta de los logros intelectuales expuestos en foros académicos internos y externos, pueden ser una de las vías. Una diferente, la de reforzar la búsqueda de temas modernos, acordes a las necesidades del país y de la institución. Una rama dirigida sin escalas a la atención al patrimonio: especialistas en textiles, en artes aplicadas, en tecnologías, en asuntos forenses, en archivos y documentos, en leyes... y otros en estudios de sociedades y sus procesos históricos, en problemas actuales —como el estudio de la delincuencia y de conductas sociales marginales— como la emigración, las políticas exteriores de esta parte del continente, por citar algunos, donde se extrañan las voces de los antropólogos y de los historiadores, pero sí abundan las de grupos sociales no gubernamentales en su abanico no pocas veces antiintelectual, que va desde la caridad cristiana hasta los anarquistas y el franco racismo... Nuevamente se inscriben entre signos de interrogación: ¿dónde están nuestras voces, nuestras opiniones? ¿Es más fácil guiarse por un fascistoide, por un periodista abusivo, que por una voz especializada?

9) Creo que resulta terreno fértil mirar al futuro —y por ello ya es un lugar común—, hablar de las posibilidades de difusión y aprendizaje que brindan las tecnologías siempre en evolución, novedosas, pero ya no nuevas. Hace cuando menos tres décadas se han usado para facilitar la apropiación de la información y la atracción lúdica en los museos.

Pues bien, yo las suscribo todas. Cambiantes con mayor velocidad que lo permitido para nuestros presupuestos, resultan por ello en realidad apuestas precarias. Es por eso que yo quisiera ensayar una ruta diferente, quizá más conservadora y de movimientos más lentos, que usa de las tecnologías como lo que son, instrumentos que alargan nuestros brazos, nuestros sentidos y nuestras mentes, al servicio de la función prin-

cial de los museos de historia: el ejercicio de la inteligencia y fortalecimiento de la memoria.

Ello implica mirar hacia su esencia original, hacia su primer motor. Para ello, y a manera simplemente de provocación, me atreveré a hacer un breve recuento de que lo que pienso es la entraña museística, tocar fibras y nervio, abundar en las normas básicas que miran hacia atrás, a la biografía de los museos —para atender finalmente al tema que hoy nos reúne.

Comencemos por eso que llamé el primer motor. Los museos de historia exigen de sus trabajadores, pero también de sus visitantes, un esfuerzo intelectual. No son, a pesar de algunos intentos que, con nobleza o con ingenuidad, quisieron quitar la pesada solemnidad de los museos-altares desdoblándolos a museos-parques de diversiones. No tienen que ser aburridos, pero no pueden resolver con el juego lo que requiere concentración y tiempo. Son máquinas de pensar —igual que Alfonso Reyes había propuesto para los libros— cuyo mecanismo requiere de una condición que, en mi experiencia ante el público, es un verdadero tesoro: la atención paciente. La lectura de las cosas, la “luz de la mirada” que exigía Italo Calvino al visitar los museos europeos, debe ser lo que hace medio siglo entendíamos como “lectura de comprensión”. Y lo ensayan los museos de arte: para proponer el disfrute de la experiencia estética, hay que tomar en cuenta que los artistas trabajaron, literalmente, en sus obras, su bagaje propio, en primera persona, los contextos y circunstancias de la vida social.

10) *La búsqueda de la verdad.* Éste es el propósito de las máquinas de pensar que es el museo, “esa curiosa cosa” según escribió Borges, asientos de la memoria que paradójicamente olvidan las palabras íntimas de sus cosas para recordar actos a veces lejanos. Aproximarse a la verdad histórica a través del discurso de los museos de historia implica una recuperación de la memoria, del lenguaje de los objetos. Una generación más atrás de la nuestra, cuando se asentaba como dogma la cientificidad

—blanda, pero imperturbable— del conocimiento histórico, cuando por sus procedimientos de investigación hicieron que la historia tuviera la apariencia de una “ciencia exacta”. Esta preocupación era un sinsentido; no lo debe ser ahora que aceptamos que, en última instancia, los hechos históricos conocidos son una decisión de los historiadores y su aceptación es convencional. Georges Duby escribió, 20 años atrás, que “el acontecimiento no existe sino por el relato que de él hacemos”...¹ Pero su mecanismo está hecho de cosas, de objetos que accionan en la mente a la manera de huellas, de indicios, de referentes a veces trazados a modo de líneas tenues, apenas insinuadas. El propósito, al volverse tarea política y práctica profesional, se desdobra en funciones básicas, reguladas, tangibles, ordenadas.

11) *Tal vez la primera función, la función definitoria de un museo sea la de la custodia.* En mi opinión, es la custodia y sus espacios, a despecho de corrientes y gestiones que relumbran de tiempo en tiempo, el costo de la civilización actual por cargar con el *virus de la historia*, para usar la frase de Steiner.² En el INAH, los museos son su artificio público más elaborado y prestigioso —el otro es el coleccionismo privado—. El resguardo y la exhibición eventual en espacios públicos de objetos de épocas pasadas comenzó hace siglos por el gusto de coleccionar, por la curiosidad, pero también por el sentimiento de culpa de no reconocer las raíces propias. Se resguardan *cosas* por no poder conservar intacta una memoria que se escurre de las manos.

¹ Georges Duby, *La historia continúa*, Madrid, Debate, 1992, p. 125.

² George Steiner, “Los archivos del Edén”, en *Pasión intacta*, Madrid, Siruela, p. 298. Steiner propone aquí, dicho sea de paso, la diferencia entre los museos norteamericanos y los “otros” (como los mexicanos, habría que agregar): no son mausoleos sino focos de divulgación, enseñanza y solidaridad cívica que despliegan inusitada energía. “El sueño de Schiller, la educación político-moral por medio de la experiencia estética, parece cobrar sentido en la Norteamérica moderna”, *loc. cit.* p. 311.

Los museos cuidan objetos físicos en un mundo físico. No es una actividad menor, sobre todo entre los de artes, los históricos y los tecnológicos. Los museos son depósito de lo humano, no a la manera imposible de la *Memoria del mundo y otras cosmicómicas* de Italo Calvino,³ sino con las raras y por ello singulares y poco cuantiosas herencias que nos vienen del pasado; sin embargo, sólo sobreviven algunos objetos del enorme inventario de cosas del mundo. Piezas que formaban parte integral de un conjunto de símbolos, que al paso del huracán del progreso se vuelven fragmentos muchas veces mudos, “casi siempre un fragmento desgajado por azar de un todo, al que esa sustracción priva además de buena parte de su significado”.⁴

12) *Pero esto no significa que el Museo sea un enorme depósito de objetos sin ánimo.* No es el archivo muerto de la memoria del mundo. De hecho, es su estudio, interpretación y divulgación —por medio de diversos medios, desde las exposiciones hasta las imágenes digitales—. Despojos del progreso, los objetos que recuperan los museos tienen que custodiarse y proponer su estudio; en conjunto, vastos rompecabezas, tienen que decodificarse para volver a armarse. Así se ha hecho por generaciones. Sorprende que el resultado sea diferente cada vez: a lo largo del tiempo, las mismas piezas son interpretadas de maneras distintas, ajustadas a explicaciones desiguales. Permítaseme hacer una puntualización, a manera de notas para la reflexión:

El Museo Nacional de Historia: el primer valor es emblemático, que en este particular caso lo carga el edificio que contiene al Museo: el Castillo de Chapultepec. El segundo valor lo dan sus acervos. En la actualidad resguarda casi 96 000 piezas en 58 000 registros. Por otra parte, cuatro variables fueron el eje de un debate, que condicionaron la elaboración del proyecto museográfico:

³ Italo Calvino, *Memoria del mundo y otras cosmicómicas*, Madrid, Siruela, 1994.

⁴ Duby, *op.cit.*, p. 107.

a) Las expectativas de un público que visita el Castillo de Chapultepec con el doble objeto de informarse sobre nuestra historia y de pasear por un edificio histórico. El discurso del museo debía ser ágil, actualizado, con lenguaje preciso, a la altura de las exigencias modernas según los resultados arrojados por el estudio de su público asistente.

b) Aceptar, como fuerza y limitación, que las colecciones de objetos eran principalmente de los siglos XVIII y XIX, conjuntadas bajo criterios estéticos y de valores históricos basados en la “reliquia patriótica” decimonónicas y del primer tramo del siglo XX.

c) El espacio real disponible para la exhibición permanente era el mismo que fue asignado en 1939.

d) Cronograma de elaboración de guiones y cédulas, montaje e inauguración, determinado tanto por los ritmos del trabajo museal —curaduría, restauración, museografía— como por los llamados “tiempos políticos”.

13) En estas condiciones se llegó a las siguientes conclusiones:

a) El discurso museográfico debía ser novedoso y recoger e incluir la pluralidad de enfoques y puntos de vista que han construido nuestra memoria histórica, con la finalidad de ganar una dimensión más amplia y de mayor riqueza en las concepciones de la historia, sin dejar de lado la información básica sobre los hechos más trascendentes del devenir. Ello implicaba dejar de lado discursos convencionales con visiones restringidas o únicas de la historia a la manera del positivismo y de sus derivados.

b) Se señaló que la solución estaba en los contenidos. Surgió entonces la propuesta de cuatro vertientes de la noción de historia que debían incluirse tanto en el discurso implícito como en las cédulas explicativas: la historia como hecho concreto, como memoria, como mitografía y como distintas construcciones de opiniones sobre los acontecimientos del pasado. La nuestra es una historia que se mira con ojos del presente. Se mira apasionadamente incluso a los hechos y los protagonistas más remotos. Se sigue juz-

gando a Hernán Cortés y a Moctezuma como si sus voces no se hubiesen apagado medio milenio atrás. Cualquiera de estos aspectos de la historia ha apuntado a filiaciones e identidades políticas, sociales y nacionales que orientaron tanto las explicaciones sobre el pasado a lo largo de los dos últimos siglos, como el origen y enriquecimiento de las colecciones del Museo Nacional de Historia. El enfoque representacional de la historia es, pues, el que más posibilidades de novedad ofreció, al desplegar las diversas dimensiones de un fenómeno, de un discurso y de un objeto histórico, poniendo en evidencia los valores en juego en toda identidad, su construcción, sus juicios subyacentes —muchas veces encontrados, espejos de conflictos políticos y sociales que se resolverían en el presente de cada proceso— a lo largo de dos centurias.

c) Además de los sucesos o hechos históricos, estarían presentes las maneras como éstos han sido recuperados del pasado y vistos posteriormente; esto es, se pondrían de manifiesto los valores que participan y han participado en la construcción de la memoria del país. En este sentido, se podría decir que para esta reestructuración se estaría planteando una “historia de la historia” nacional, además de la recuperación de la historia mínima de su patrimonio, la microhistoria de sus piezas. De esta manera, los objetos expuestos y el guion historiográfico serían dos discursos realmente complementarios, que a la vez estarían estrecha y dinámicamente vinculados en el mensaje museográfico con sus muy diversas posibilidades.

d) Los temas específicos serían planteados por historiadores especialistas en temáticas cronológicamente determinadas (procesos que han sido considerados básicos en la historia nacional), quienes trabajamos como curadores, conocedores de las colecciones.

e) La exposición debe ser sobria y selectiva a partir de los trabajos conjuntos, con relativamente pocas cédulas. El reto estaba planteado: se trata de la confrontación de la palabra escrita y aceptada de una historia contada infinidad de veces a lo largo de tres generaciones, contra

el objeto de colección, escogido y custodiado por criterios estéticos y patrióticos distintos a los que exige la difusión de la historia como aproximación a la verdad. Sin duda, éste es uno de los problemas de principio que enfrentan todos los museos de historia.

f) El cambio obliga a la actualización de las lecturas. Y no sólo se trata de tecnificar como sinónimo de modernizar el discurso, sino también de entender que la identidad ya no se engloba en la homogeneización de “lo mexicano”, sino que pasa por el reconocimiento de la pluralidad y multiplicidad cultural.

g) Asimismo, vislumbro una vertiente más de la “identidad” en el léxico del Museo en el futuro próximo: la de la conciencia individual. Esto es, el de la conjunción de las miradas de los antropólogos —físicos y sociales, lingüistas y arqueólogos— y los historiadores —de las sociedades y mentalidades, de la medicina y la salud-enfermedad, de la economía y las tecnologías, del arte y del gusto...

h) Si bien un propósito didáctico histórico-cívico ha marcado las pautas de sus exposiciones permanentes y de las actividades de servicios educativos y al público estudiantil fundamentalmente desde que abrió hace siete décadas, hoy las lecturas de los objetos tienden a ser muy diferentes a aquéllas dirigidas a fortalecer la identidad nacional. En este sentido, un cambio de perspectiva puede ensayarse: ya no la historia como el desfile de quebrantos sociales y luchas armadas, como se nota en las salas de exposiciones permanentes, sino el de la reconstrucción histórica de la vida civil. Ya no las guerras y los tonos militares, sino la vida civil y el debate hacia el perfil ciudadano a lo largo de los tres últimos siglos. Asimismo, leer los objetos individualmente, sin que deban corresponderse por fuerza. Las pinturas y sus ausencias —a la manera de Pascal Quignard—; los códigos narrativos de los artistas; los usos y funciones (políticos, religiosos, ornamentales); los símbolos; la vecindad y “el estar fuera de lugar” en el museo como lugar de las cosas posibles, por mencionar sólo algunas ideas...

De museos

1) Los museos tienen un propósito final: unir, con relatos y objetos las ideas que tenemos del pasado y el espíritu de los muertos con el presente y con quienes miran hacia la historia para descifrar y entender los antiguos rostros que alguna vez poblaron este mismo mundo.

Ajenos a la tristeza, los museos celebran la vida. Parán los relojes, detienen el tiempo. Pero a diferencia del poema de Auden, no lo hacen en señal de duelo. Celebran la vida aun en las guerras o en los peores momentos de la humanidad.

2) En los museos se da forma al tiempo. Los rostros de los héroes y los villanos, de los prohombres y de los audaces, de los constructores e incluso de los violentos, se guardan con sus rasgos en la memoria de cada uno de los visitantes porque el museo les da proporciones humanas. A veces se les adivinan sus gestos con un solo momento de sus vidas, quedan amonedados en anécdotas, como sentenció duramente Borges en torno a los destinos recordados de hombres famosos.

3) Otras veces, más de las que quisiéramos, los museos son paseos entre batallas determinantes y guerras cuyas contundencias se miden en políticas administrativas. Se glorifica a la guerra y al guerrero. No pensamos que Leonardo Sciascia, razonablemente, afirmó que los momentos más oscuros de la historia resultan los más felices de la humanidad.

4) Los museos también son para aventurarse. Se trata de laberintos contruidos con reglas geométricas de simetría, pero que permiten perderse entre los rincones de las vitrinas y en los ángulos menos sospechados de la fantasía que esconden sus piezas. En esas incursiones se descubre el secreto del gusto de sus habitantes vivos: alejados de las presiones de los protocolos, de las señalizaciones

Epílogo

Se inició este ensayo con una reflexión de Alfonso Reyes sobre el pasado inmediato. No para juzgar, sino para hacer balances. El del INAH y sus museos nos dejan lecciones. Vayamos a las más importantes, que no siempre son las más evidentes.

Quiero comenzar por la que me parece fundamental. En los museos hablan las voces antiguas entre los objetos de los muertos. Pero no son mausoleos. Ajenos a la tristeza, los museos parecen repetir las palabras de Auden: ordenan parar los relojes. Detienen estacionalmente, con regularidad, pero bruscamente, el fluir de historias y biografías. Pero a diferencia del poeta, las voces de los muertos no remiten al luto, sino que celebran la vida. Lo hacen en todos los ángulos del mundo posibles. Vayamos a la segunda conclusión.

Tal vez ahora los museos ya no buscan dejar lecciones cívicas ni ejemplos morales. Pero sí resumir las distintas caras de la realidad social y de la memoria colectiva. Falta quizá acercarnos más a los silencios de la historia y encontrar maneras de narrarlos desde fuera con objetos y pocas palabras. Quizá no sea banal: nos acercaríamos a los momentos felices de la humanidad. Con una ventaja por encima de otras maneras de comunicar: la que da la proporción humana que nos impida olvidar que la historia es parte de la vida, y que sin justo equilibrio no hay estabilidad. Y ello con una regla inflexible: rescatar lo que el tiempo había tragado, acopio como forma de conjuntar y dar coherencia en su nuevo entorno museístico, custodia, conservación y estudio como principal tarea. Porque al final, como todos lo sabemos, aunque las cosas se rebelan contra su destino y adquieren vecindades nuevas que les eran extrañas, la Naturaleza tiene la última palabra.